

La leyenda de Rijkralpa

Dicen los pobladores de la parte superior de la costa del Perú, que en tiempos muy remotos habitó entre ellos un ser prodigioso, un ser del más allá, algo así como un ángel que habría caído de los cielos, un ángel que los ancianos nombraron Rijkralpa.

La leyenda cuenta que aquel señor, antes de vivir entre los hombres, nació en las aguas transparentes y celestes del mundo infinito de arriba. Fue el maestro Chonkik, al discernir su cuerpo entre las olas, quien voló a su encuentro para recibirlo. El maestro sabía que su despertar no podía cumplirse sin el derrame de la sangre divina. Recuperó del mar caliente una concha sagrada y se abrió el pecho. El grito del maestro se oyó como un huayco cuando baja furioso por los valles, remeciendo toda tierra, todo cielo. Al contacto con la sangre de Chonkik, la concha de un morado profundo se hizo piedra, el brillo de la savia roja se iluminó al tocar la espalda de Rijkralpa y en la orilla más cercana creció un follaje tierno.

El maestro tomó a Rijkralpa de los brazos y lo llevó hacia aquella orilla de luz. De los labios de Rijkralpa nacieron dos aves amarillas que volaron a lo lejos, como anunciadoras de su destino fabuloso. Dos majestuosas alas de cóndor se desplegaron finalmente de su espalda dejando entrever la totalidad de su condición divina. Mediante el follaje, Chonkik empezó a secarlas cuando de pronto Rijkralpa abrió los ojos. Se dice que éstos brillaron tanto que fueron confundidos con el mismo sol, entonces en el momento más alto del día.

Rijkralpa no había mencionado palabra alguna hasta este momento. Cuando le pareció oportuno, Chonkik decidió llevarlo en sus brazos hasta la cima de una montaña de piedras para indicarle cómo utilizar sus alas. El joven se acercó al borde de un precipicio, desplegó sus alas y voló como si siempre lo hubiera hecho. Aprendió a usar el viento a favor y a eludir las tormentas volando sobre las negras nubes.

Se dice que el primer vuelo de Rijkralpa es celebrado en muchas canciones donde una flauta de caña suena largo y agudo, como imitando el viento cuando atraviesa una montaña muy alta.

A lo lejos Rijkralpa distinguió a las aves amarillas que nacieron de sus labios y decidió seguir las. Cuando éstas llegaron a la tierra de los hombres, ocurrió un hecho mágico. Una se hizo de oro y la otra de fuego. Siempre amarillas y brillantes, la de oro se sumergía en el mar para pescar los peces que daba de comer al ave de fuego. Los peces se iluminaban tanto que también parecían de oro.

Y así Rijkralpa llegó a la dura tierra de los hombres. Observó a señores, ataviados de oro, plumas y telas coloridas cazar venados con estólicas, mientras eran perseguidos por su corte con largas redes en una danza ritual. Luego aquellos venados eran ofrecidos a los dioses de su mundo en ceremonias de fuego.

Los sacerdotes ancianos que presidían aquellas ceremonias, bebían plantas que venían de las regiones tropicales, de donde nace el sol, con cánticos que hacen pensar en rezos. En pleno trance

espiritual, los ancianos eran capaces de observar el mundo infinito de arriba, y dibujaban sobre la tierra la sagrada serpiente de dos cabezas, fruto de aquellas visiones sagradas.

Pero el joven Rijkralpa también se ocupó por observar a los hombres en su arduo trabajo de cultivar la tierra. Los vio arar, sembrar, irrigar las tierras. Los vio defender de plagas a sus cultivos. Los vio tristes y desesperados cuando la lluvia escaseaba o cuando inundaba la labor de muchos meses. Así también contempló a los artesanos transformar la tierra en artefactos para el uso diario; las fibras de plantas en mantos y vestidos para proteger del frío; y las piedras para darle base a las edificaciones de barro.

Cierto día se quedó observando a los pescadores. El mar estaba muy caliente y se dice que cuando la temperatura del mar se eleva, los peces son escasos y las aves que se alimentan de ellas mueren en todas las orillas. De pronto, un joven pescador cayó entre las olas y fue arrastrado por el mar. Rijkralpa quiso ayudarlo y estiró los brazos para rescatarlo pero debido a su condición divina, era transparente a los ojos del joven pescador, quien murió ante los ojos del dios alado.

Consternado, el joven dios subió al infinito mundo de arriba y le preguntó a Chonkik por la muerte. El maestro le dijo que la muerte le pertenece solo al tiempo de los hombres. Que solo ellos padecen una vida de necesidades para continuar su camino por la existencia infinita.

Rijkralpa, maravillado por sus vuelos a la tierra de los hombres, entendió que aquella forma de existir traía consigo ciertas lecciones que solo las aprenderá si renunciara a su condición divina, a sus alas. Por ello le pidió, entonces, a su maestro que le arranque las alas para caer a la tierra y vivir como hombre. La sangre de las alas de Rijkralpa fue recogida en la copa sagrada, y cuando una gota de esta sangre caía a la tierra de los hombres, crecía el gran árbol de la vida alto hasta los cielos.

En la tierra Rijkralpa aprendió a vivir como cualquier hombre: cultivaba la tierra, pescaba, cazaba y envejecía. Se dice que fue un hombre solitario, pues llevaba en sus espaldas los muñones de sus antiguas alas que lo hacían parecer un ser desagradable.

Mucho tiempo después cuando Rijkralpa ya era anciano, se dice que el mar volvió a estar caliente como aquel lejano día cuando el joven pescador murió ahogado en las aguas. Las orillas volvieron a estar colmadas de mullus rojos y aves muertas de hambre.

Rijkralpa despertó una mañana y desde su morada observó que las dos aves amarillas que lo acompañaron desde su mágico nacimiento, también habían muerto de hambre. Esa mañana se habría de ir a los desiertos, a solas. Y aquel día que Rijkralpa desapareció en los desiertos, el agua del mar empezó a enfriar, los peces a abundar y la lluvia a cesar. Se dice incluso que muchas aves muertas en las orillas volvieron volar, todas, salvo las amarillas que desaparecieron para siempre.

Dicen los antiguos pobladores que fue gracias a la muerte de Rijkralpa, a su sangre en el desierto, dejó de llover en la larga noche, enfrió el mar caliente. Rijkralpa había vuelto a nacer en el mundo de arriba.